

- *Diversidad de concepciones y actividades en las protestas ambientales enfrentaron a la CoP21 en París*
- *“¡Poner fin al sistema que destruye el planeta: eso significa la revolución!”*

Diversidad de concepciones y actividades en las protestas ambientales enfrentaron a la CoP21 en París

14 de diciembre de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. Cuando el reloj marcó las 12 del mediodía el 12 de diciembre, en una protesta de la “línea roja” que representa el límite de temperatura que nuestro planeta no debe cruzar, se reunieron miles de manifestantes por el medio ambiente vestidos de rojo o portando sombrillas rojas. En el tramo de la avenida atrás del Arco del Triunfo de París desplegaron enormes pancartas y largas cintas tejidas, algunas llenas de tulipanes rojos como tributo a las víctimas del cambio climático, marchando de arriba abajo en una zona que la policía había acordonado.

Después, camino a la Torre Eiffel, unas 2 mil personas ocuparon un puente sobre el río Sena en una acción de desobediencia civil bien preparada, rodeándose de gigantes bloques inflables. En la tarde, en el Champ de Mars detrás de la torre, varios miles formaron una cadena humana y luego realizaron un mitin. Muchísimas pancartas creativas en inglés y francés denunciaron la crisis climática a medida que llegaban a unirse a la manifestación grandes cantidades de personas de muchos otros países europeos, junto a un pequeño “ejército” de osos polares daneses. Los organizadores dijeron que más de 20 mil personas participaron en las manifestaciones por el clima el 12 de diciembre.

Aunque 24 activistas por el medio ambiente seguían bajo arresto domiciliario “preventivo”, la clase dominante francesa terminó autorizando la cadena humana y lo que llamaron actividades en un “ambiente de paz”. Sin embargo, aparte de unas pocas imágenes de algunos segundos, la mayoría de los grandes medios franceses evitaron de forma sistemática informar sobre las protestas del 12 de diciembre. En cambio, aprovechando el momento, el ministro de relaciones exteriores Laurent Fabius, que presidió la cumbre climática de la ONU en París, anunció al mediodía que la COP21 había finalizado un nuevo documento. Los medios franceses e internacionales se centraron por completo en este festival auto-congratulatorio en que se daba a conocer el logro de un consenso indudablemente tenso entre los gobernantes de los países prometiendo reducir las emisiones de carbono. Los medios ingleses hicieron énfasis en la ambigüedad de si el acuerdo obliga a todas las naciones o no, mientras que el presidente francés Hollande se jactó de que era un documento “histórico, universal y vinculante”. Hay que analizar con más detalle este acuerdo, pero muchos expertos y activistas del medio ambiente ya han empezado a denunciarlo como nada más que un plan para reducir el uso de combustibles fósiles —solo un aspecto del desastre planetario que está en marcha.

A pesar de las dificultades generadas por el estado de emergencia y la prohibición de las manifestaciones declarados tras la masacre del 13 noviembre en París, un entusiasta equipo internacional de partidarios de la nueva síntesis de Bob Avakian viajó a París para distribuir cerca de 8 mil volantes y debatir la solución al problema del clima con los miles de activistas que se reunieron allí entre el 29 de noviembre y el 12 de diciembre.

Al Servicio Noticioso UMQG sigue llegando información de los reporteros que también fueron a París durante la COP21. Muchos activistas se movilizaron para oponerse al proceso oficial de la cumbre climática de la ONU, mientras que otros transmitieron mensajes diseñados para presionar a los líderes a actuar de forma responsable —enfaticando en particular los diversos y peligrosos efectos de la crisis climática y su impacto en la gente de todo el mundo. Los organizadores oficiales de la COP21 habían creado un espacio para la “sociedad civil”, para permitirle a un selecto número de religiosos, académicos, ONG y grupos de empresarios expresar sus concepciones, cerca del lugar de la cumbre, obviamente sin que hubiera acceso público. En exposiciones y conferencias se presentaron tecnologías verdes, problemas sobre el agua y la desertificación, los peligros del fracking, innovaciones agroecológicas, iniciativas para la recuperación de selvas y ecosistemas, el efecto del cambio climático en las mujeres campesinas, las migraciones provocadas por el clima, degradación del suelo, agricultura urbana, y un sinnúmero de otras cuestiones. Algunos de los asistentes a los talleres, convertidos en manifestantes, se las arreglaron para realizar unas pocas acciones inesperadas dentro de este espacio, como una línea roja no autorizada frente a las puertas de entrada a la cumbre el último día, y un simulacro de muerte por parte de partidarios de La Vida de los Negros Importa, que usaban tapabocas y gritaban “¡No podemos respirar, justicia racial ya!”, un bienvenido y bullicioso estallido en la hasta entonces sumamente moderada atmósfera en esta “zona verde”, donde los asistentes podían

recargar sus celulares pedaleando en bicicletas estáticas.

Al mismo tiempo, lejos del lugar de la cumbre, una coalición de 130 ONG, junto con varios grupos involucrados a algún nivel con el activismo ambiental, participaron de una semana de reuniones, proyección de películas, obras de teatro, conciertos y una serie de performances de escultores en diversos lugares de París, y un fin de semana de eventos como Aldea de Alternativas y Cumbre Climática del Pueblo celebrados en un suburbio cercano. Un colectivo AntiCOP de alimentos le dio de comer a la gente durante más de dos semanas en un improvisado puesto de comida vegetariana en la calle. Un colectivo de artistas les cedió su espacio en una fábrica abandonada a activistas ambientalistas para hacer coloridos letreros y pancartas. Se dice que la policía arrestó a unos payasos para interrogarlos por realizar actividades en la calle que incitaban a la gente a reír. Por todas partes se llevaban a cabo debates en diversos idiomas.

Una figura prominente en estas actividades fue la escritora canadiense Naomi Klein, quien compartió podio una tarde con el líder del Partido Laborista británico, Jeremy Corbyn. La gente escuchó atentamente a estos oradores que instaron a seguir la lucha por detener a las corporaciones contaminantes, a seguir presionando a líderes políticos, a reemplazar los empleos relacionados con el petróleo y el gas por una industria sensible y por “empleos verdes”, y a expandir las soluciones locales y el control de las comunidades sobre las opciones energéticas, como se ha implementado en algunas regiones de Alemania. Argumentaron que construir un movimiento humanista combinando el activismo sindical con la soberanía alimentaria, los derechos humanos y laborales así como las causas por justicia ambiental puede funcionar junto con la meta de hacer “verde” y humanizar el actual sistema. Este mensaje apela —y refuerza— a colosales ilusiones, como que se puede cuidar la Tierra si la gente se mantiene vigilante y presiona por cambios graduales, la llamada “democracia energética”, que de hecho es a lo que Naomi Klein se refiere con “cambiarlo todo”.

Hubo muchas acciones de resistencia durante el periodo de dos semanas por parte de la gente que dirigió su furia, energía y comprensión de la urgencia contra el Estado y sus diferentes representantes, en vez de enfocarse en estas estrechas concepciones de reparar un sistema que muchos creen que está fuera de control. El mensaje “Solo la revolución puede salvar el planeta” que salió a flote junto con algunas de estas actividades motivó muchas decenas de discusiones con activistas, por no hablar de los cientos de personas que se fotografiaron con la enorme pancarta del mundo rompiendo las cadenas. Además de los revolucionarios, muchos grupos resaltaron también la actual crisis de inmigrantes/refugiados y el papel ultrahipócrita de Francia, la guerra en Siria y muchos otros crímenes del sistema y sus gobernantes que estaban en el norte de París debatiendo el destino del planeta.

Especuladores con ideas reformistas tipo Klein aparte, la palabra “sistema” era utilizada y coreada constantemente, pero los revolucionarios en sus discusiones con la gente encontraron que muy raras veces la utilizan para referirse al sistema capitalista-imperialista *como un todo* que es responsable de la crisis actual. La gente entendía y apuntaba claramente a diferentes aspectos del capitalismo, pero por lo general no tenían claro su funcionamiento, más allá de la noción de que éste pone las ganancias por encima de la gente. Otros defendían un diferente sistema energético, un sistema más democrático o líderes más atentos dirigiendo el sistema. En sus intervenciones en reuniones y debates públicos, en su vivaz y ocupado puesto de literatura en una Aldea de Alternativas, en su participación en varias movilizaciones diferentes durante las dos semanas de manifestaciones, así como los eventos organizados por ellos, tales visiones retaron al equipo de partidarios de la nueva síntesis a explicar por qué la revolución y un futuro comunista son realmente necesarios, no solo para lidiar con el medio ambiente, sino para resolver toda la gama de problemas sociales en enfrenta la humanidad.

Muchos activistas preguntaron de qué tipo de revolución se hablaba, cómo se haría una revolución, si podría ser pacífica como argumentan muchos de los organizadores ambientalistas, por qué si China era revolucionaria se convirtió en un gran contaminador capitalista, y si la conciencia y el movimiento cada vez mayores por el clima serán suficientes para influenciar las decisiones para implementar fuentes de energías verdes. Varios jóvenes de “zona de defensa” (los que habían tratado de bloquear la construcción de una represa en el suroccidente de Francia y defender su campamento de la policía, que mató a un joven hace un año) estaban muy interesados en hablar sobre el cambio revolucionario. Al mismo tiempo argumentaban que la acción directa es más eficaz, una posición que se escucha mucho y que tiende a separar ese tipo de resistencia de la construcción de un movimiento para la revolución. Al asumir el reto de posicionar un polo revolucionario en medio de este diverso, creativo y enérgico movimiento, el equipo ganó una nueva comprensión del ambiente político que lo influencia así como de las ilusiones constantemente renovadas (y renovables) que frenan a los que podrían pasar de luchadores ambientalistas a activistas revolucionarios. □

“¡Poner fin al sistema que destruye el planeta: eso significa la revolución!”

14 de diciembre de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. En París, Bruselas, Berlín y Londres, los revolucionarios distribuyeron el siguiente texto en francés, inglés, alemán, farsi y turco durante las dos semanas de protestas por el medio ambiente contra la COP21 en Europa. Fechado 16 de noviembre de 2015, está firmado Resistencia por el Planeta.

El flujo masivo de migrantes y refugiados luchando por llegar a Europa para sobrevivir, dos sistemas políticos e ideologías anticuados que chocan por todo el mundo y más recientemente en los terribles acontecimientos en París, Beirut, Ankara, el hospital de Kunduz, el Sinaí... el urgente estado del planeta que pone en peligro el ecosistema global: estas dramáticas escenas son el teatro de *todo un sistema podrido* que tiene que acabarse.

Aunque los líderes de la COP21 prometen reducir las emisiones de carbono, esta cumbre de ministros y expertos no va a sacudir al imperio que ellos representan y defienden: lo muestran las “contribuciones propuestas” así como los acalorados debates sobre qué partes de un acuerdo serían legalmente obligatorias.

¿Por qué deberíamos tener fe *alguna* en que los que rigen el orden mundial capitalista, que monopolizan la mayoría de los recursos del planeta y “lideran” la destrucción del ambiente “liderarán” el tomar medidas importantes que van en contra de sus intereses fundamentales, en contra de su compulsión a eliminar ferozmente a sus competidores en la acumulación de riquezas y a fortalecer su dominación y control sobre países, a pesar de las consecuencias? ¿Cómo podemos dejar la salud del planeta, la belleza de la naturaleza y el futuro de la sociedad humana en manos de los más grandes destructores masivos de vidas —por no hablar del propio ambiente físico?

Luego de discutir y firmar el acuerdo de la COP21 reanudarán la frenética competencia entre ellos por encontrar nuevos combustibles fósiles y explotar aún más todos los recursos, y al pueblo: esa es la esencia del capitalismo. Si uno de ellos empieza a usar biocombustibles el otro recortará sus costos de producción con combustibles fósiles más baratos. Países como Francia gastan miles de millones de euros para instalar plantas nucleares (pero no para ponerse “a salvo” de Fukushima y Chernobyl), y ¿cuánto tiene que pasar antes de que gasten millones más para desmantelarlas cuando ya no sean (suficientemente) rentables? Obama canceló parcialmente uno entre una docena de oleoductos luego de prolongadas protestas y justo antes de la COP21, pero no ha parado la producción de carbón y, como presidente del mayor emisor global de carbono de todos los tiempos, ha promovido la búsqueda de nuevas fuentes de gas y petróleo, preferiblemente “nacionales”, acorde con “nuestros intereses como país”.

Los países ricos prometen reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, pero seguirán “cargándoles” buena parte de sus emisiones a los países pobres que fabrican mucho de lo que consumen los países más ricos. Esto no es simple cuestión de voluntad o buenas intenciones: es la *lógica* del capitalismo, tiene que expandirse o morir, fundamentalmente por todo lo que produce. Las principales arterias de la economía mundial dependen de los combustibles fósiles: el transporte, la producción de acero, el petróleo, la agroindustria... la lista es larga. Agréguese la rivalidad geoestratégica de los enormes consumidores de energía en las fuerzas armadas imperialistas y quedará mucho más clara la escala de las poderosas fuerzas que operan *contra* enfrentar la crisis ambiental. Este sistema funciona como un todo interconectado, lo que impide una planificación racional y sostenible, y no podemos simplemente limpiar sus asquerosas pezuñas.

Están surgiendo muchos valiosos y creativos proyectos locales que implementan alternativas verdes y puede que no quieran depender de los mercados capitalistas. Desafortunadamente no afectarán de forma significativa estas dinámicas principales del desarrollo capitalista, de la crisis y de las despiadadas formas en que exacerba las severas desigualdades entre países y pueblos. También es cierto que los jefecillos de la COP21 aceptarán implantar algunas medidas. Siempre habrá desacuerdos entre rivales imperialistas. El problema es que, aunque como individuos quisieran hacer lo que se necesita para revertir la crisis ambiental, no pueden hacerlo, porque el sistema en el que están encerrados no puede funcionar de otra manera. Y si no estamos dispuestos a “aceptar” esta dura verdad y a desafiar a los mandamases del capitalismo que llevan al planeta hacia una catástrofe, terminaremos ayudando a suministrar el “combustible” político para que todo siga igual, a pesar de lo desagradable que eso es.

¿Acaso lo que hay que hacer no es *poner alto* a *todo* el sistema que está acelerando el cambio climático? ¡Un cambio real de sistema significa revolución!

¡Atrevámonos a pensar radicalmente! ¿En últimas qué es en verdad lo no realista?

Tenemos que imaginar y luchar por un auténtico y completo cambio de sistema. Es necesario construir un poderoso movimiento de resistencia contra la raíz del problema y responsabilizarnos de organizar la sociedad en una forma radicalmente diferente.

Confrontar la crisis ambiental de hoy solo puede darse a escala global, con visión global, y solo puede darse bajo un sistema social diferente. La revolución de los oprimidos y proletarios parte de los intereses de la humanidad en su conjunto y del planeta en su conjunto. Reemplaza la lógica de destruir a la gente y al planeta en función de la ganancia y la propiedad privada que impide solucionar *todos* los males sociales que afectan al pueblo del mundo y le impiden transformarlo. Con buenos deseos los actuales gobernantes no entrarán en razón, hay que tomar el poder para permitir que un Estado socialista dirija este complejo proceso hacia el comunismo. Este tipo de revolución socialista, independientemente de la forma inicial que tome en diferentes tipos de países (imperialistas o dominados por el imperialismo), con el poder político puede abordar el problema ambiental y reorganizar la economía de forma sostenible, racional y socialmente justa. Puede establecer nuevas normas globales y empezar a reparar y revertir la devastación del planeta.

Un Estado socialista puede producir y distribuir alimentos basándose en las necesidades sociales, la planificación del uso de la tierra a largo plazo, la protección de los ecosistemas y el desarrollo de la biodiversidad. La producción industrial tan despilfarradora y tan dañina para el ambiente hoy, se reestructurará, planificará y regulará, junto con nuevos medios de transporte, hábitat humano y ciudades propicias. Se desarrollarán e implementarán más formas renovables de energía y tecnologías verdes a escala masiva: solo un Estado que busque transformar toda la sociedad y el mundo puede desatar el potencial humano para lograr todo esto. Se podrá transformar la cultura del consumidor. Se podrá poner en uso un conocimiento científico verdaderamente innovador junto con la actividad consciente del propio pueblo para resolver la inmensa gama de problemas sociales que enfrenta la humanidad.

Las revoluciones socialistas del siglo XX en la Unión Soviética y la China revolucionaria hicieron avances sin paralelo pero también sufrieron de limitaciones en la concepción y en la práctica. La nueva síntesis del comunismo desarrollada por Bob Avakian sintetiza tanto los avances como los problemas con la mira en el futuro que necesitamos construir. Con esta perspectiva y en este marco global de “el mundo entero ante todo”, la revolución socialista dirigirá a la gente a superar las inmensas diferencias entre países oprimidos y opresores. Este otro mundo es posible; de hecho, vistas desde este ángulo, las posibilidades para transformar el mundo son casi ilimitadas. Y las necesidades son mucho más urgentes.

¿No realista? ¿Qué tiene de realista continuar en el actual camino precipitándonos hacia la destrucción del planeta y subordinando a la mayoría de la gente del mundo a los dictámenes de un sanguinario y despiadado sistema que nunca se “desmantelará”, ni se hará “verde” por sí solo, en el que algunos de sus estadistas pueden aprobar resoluciones, pero nunca hacerlas cumplir? ¿Qué tan realista es *no actuar* sobre la realidad de que una COP71 (o como sea que la llamen entonces) será necesaria en 50 años después de que las islas polinesias y Bangladesh queden bajo el agua, muchas más especies y formas de vida hayan desaparecido, y más millones de personas sean marginadas en un escenario mucho peor que el de hoy: los que no hayan sido diezmados tratarán de sobrevivir y migrar a países que habrán construido una red de muros y cercas de alambres de púas para excluirlos a punta de bala. ¿Es este el mundo “realista” que queremos?

No podemos contentarnos con la ilusión de que pasos parciales por parte de los industrialistas o estilos de vida alternativos son suficientes, con que el “desdesarrollo” es una opción real: en pocas palabras, que no es necesario confrontar el sistema capitalista-imperialista. Los guardianes del actual orden social saldrán constantemente con nuevas promesas, adornadas en una variedad de formas, colores y mensajes democráticos liberales siempre y cuando se les permita seguir rigiendo.

Hay que revolucionarizar la sociedad. Se necesita un movimiento para la revolución que actúe para ponerle fin a *toda* injusticia y a *todo* crimen que comete este sistema, incluyendo el cambio climático. El movimiento contra la destrucción del planeta tiene que ser parte de esta solución revolucionaria. Un movimiento que resista al capitalismo y trabaje para romper con sus cálculos inhumanos que continuarán impidiendo que cualquier energía limpia y tecnología verde serias sean implementadas en la escala que se necesita. No deberíamos tolerar, de ninguna forma, el fortalecimiento del inmenso desequilibrio de este mundo y el sufrimiento que el capitalismo le lleva diariamente al pueblo. Tenemos que convertirnos en una fuerza para la revolución por un mundo nuevo que aborde la crisis ambiental y todo problema social de manera completamente diferente en función de los intereses la humanidad en su conjunto. Busquen nuestra pancarta de Resistencia por el Planeta y las camisetas: ¡Solo la revolución puede salvar al planeta! ¡Tenemos un mundo que ganar! 